



EL MURO

Jorge Martín de Francisco



Alumno Máster de Formación del Profesorado.
Especialidad Artes Plásticas.
www.jorgemartinartist.com
jomart06@ucm.es

Dedicamos un tercio de toda nuestra vida en el reino del sueño. A pesar de la rotundidad de la cifra, es bastante escasa la producción de estudios e investigaciones que la han tomado como objeto. Ya en el siglo XVIII el alemán G.C. Lichtenberg se quejaba de esta escasez. ¿Pero qué tiene de siniestro el sueño que nos repele tanto? ¿Por qué no nos hemos adentrado en su conocimiento? ¿Qué parte de nuestra esencia *heimisch* común ha sido reprimida de nuestro interior? ¿Qué nos hace reticentes a su sabiduría?

Una de las razones por las que nunca se ha configurado doctrina acerca del sueño es su dificultad para impartirla. Pues aprendemos y confirmamos hechos a través del otro, necesitamos a alguien más, como en el film ruso *Svyato* de Kossokovsky, el niño necesita por lo menos un reflejo para saber y aprender. En los sueños solo estoy yo; pues sueño solo; por eso es tan difícil saber soñar, pues el aprendizaje por el principio de *mimesis*, que caracteriza nuestra especie, no se puede aplicar. Además la experiencia no se sabe o no se conoce, es por ello que no puede representarse y hace más difícil su conocimiento (sin representación no podemos mapear visualmente la realidad percibida para poder comunicarla). Pues el reflejo aunque sea el reflejo de uno mismo, lo percibimos como algo seguro y como apoyo en nuestra percepción sensorial, pues ya lo conocemos. No es siniestro, pues acostumbrados creemos que siempre nos es fiel.

La otra respuesta que pudiera explicar el rechazo es que la máscara del sueño es el rostro de la muerte. Los durmientes y los muertos se asemejan demasiado. Para los judíos la imagen de la muerte es comparable al sueño (Job, III, 13-15; Reyes, I, 2: 10), los germanos cuando se hundían sus naves en un naufragio rezaban «duermo, luego vengo a remar», en alusión al barco

de los muertos. Los griegos ya contemplaban este aspecto, según dice Hesíodo en su *Teogonía* los palacios subterráneos, de ambos dioses, Hipno y Tánatos, son estancias vecinas. (2017, p. 97). Para ellos el *topos* por excelencia de la psique, era el reino de Hades, el mundo de los muertos. Por tanto compartían la misma cualidad, por analogía, soñar era entrar en la Casa de la Muerte. Pues también visto por fuera, el dormido imita cada noche a los muertos al yacer en silencio; mientras por dentro, su psique deambula cuando sueña por el reino de las sombras (como los muertos). Como dijo Howard Philips Lovecraft, en su ensayo sobre el cuento de terror: «La emoción más antigua y más intensa de la humanidad es el miedo, y el más intenso es el miedo a lo desconocido» El *horror mortis* reúne las características perfectas para cumplir este papel por excelencia de miedo a lo desconocido, de miedo sublime. (1973, p.12).



Hipnos y Thánatos portando a Sarpedon. (hacia 510 a. C.). Crátera de cáliz, arcilla, altura 45,8 cm. The Metropolitan Museum. Nueva York.

Pero ya los antiguos veían en plano onírico la solución al miedo por excelencia; la muerte. Comprendían que obrar por analogía, era el mejor modo de operar, es decir, *morir en vida*; pues quien ya ha «muerto» una vez ya no teme a la muerte. Por eso se practicaban ceremonias perfectamente ritualizadas, como las *incubatio*s, preparando a los neófitos a su viaje al *inframundo* realizando experiencias oníricas en cuevas y oráculos como iniciaciones a la muerte. Ya en Grecia sucedía esto, pues el perro era también *psicopompo*, conductor de las almas; lo cual lo relaciona con el Hades y los poderes ctónicos de *potnia Chthon*, diosa primordial de la Tierra que según Eurípides, *envía los sueños a todos los mortales*. Jámblico explica esto como experiencias iniciáticas de «muerte», renacimiento y regreso del *inframundo* en calidad de «mensajero de los dioses». La consciencia se resiste a todo lo

inconsciente y desconocido, a lo *unheimlich* que nos es revelado, que nos aterra y nos recuerda a algo familiar. (2009, p. 25)

Según afirma el poeta indio Sri Aurobindo abandonamos nuestro cuerpo cuando soñamos, solo permanece un residuo subconsciente, para entrar en otros planos o mundos. Exploramos y contemplamos escenas, atravesamos formaciones, conocemos seres. (2004, pp.80-84). Incluso cuando estamos despiertos una parte de nosotros se mueve en esas dimensiones, aunque sea detrás de un velo y nuestras mentes no sean conscientes de ello. Continúan su desarrollo mientras dormimos, como un río que discurre sin cesar; la actividad psíquica no se irrumpe nunca. Para Aurobindo lo importante no es lo que le pasa al cuerpo, si no a la conciencia. Como el sol durante el día nos impide ver las constelaciones, la conciencia diurna nos deslumbra y nos impide ver los mundos interiores y/o exteriores.

A menudo, nuestros sueños son construcciones incoherentes de nuestro subconsciente, pero en otras ocasiones son testimonios a veces diluidos y deformados de estos planos suprasensibles. Cuando no se contempla desde un plano fisiológico el acto de dormir se convierte en algo más complejo.

La cultura egipcia explica muy bien este fenómeno, pues lo que es *El libro de los Muertos*, ellos lo llamaban el *Libro de la entrada en el día*, o el *Libro del despertar*. Esto es debido curiosamente a que no poseían el verbo *soñar* en su vocabulario, era *reset* la palabra más cercana a este concepto que literalmente significa «despertar». Pensaban que cuando dormimos descansamos pero que cuando soñamos despertamos en otro mundo. Los sueños para ellos tenían una textura, una sustancia *espacial* de la que estaba compuesta la vida en el más allá.

Sumados a los egipcios, los griegos compartían su pensamiento acerca del carácter de los sueños. Un buen ejemplo de ello es cierto testimonio de Pausanias sobre un santuario subterráneo, concretamente el oráculo de Trofonio, que se encuentra en Lebadea, en Beocia. Dicho templo, era una gruta sagrada en cuyo interior surgía el manantial del río Hercina. Si el *suplicante* (denominación del “enfermo” que demandaba una cura o respuesta) decidía descender primero debía llevar a cabo una serie de purificaciones antes de bañar en un edificio colindante, además se le privaba de baños calientes pertenecientes al mundo profano para solo lavarse en las aguas del río Hercina. Quien bajaba al corazón de la cueva debía sacrificar un animal a Trofonio, a sus hijos y a otras divinidades del inframundo y alimentarse de la carne sobrante de los sacrificios oficiados. Se dejaba todo en manos de los auspicios, cuando la ofrenda era propicia de buenos augurios se iniciaba el ritual. Acompañado por los sacerdotes se baja al visitante al río

y era bañado por dos muchachos; después unguían todo su cuerpo con aceite; lo vestían de lino blanco, y a continuación los hierofantes lo acompañaban hasta las fuentes subterráneas del río Hercina para que bebiera de río Leteo (río del *olvido*), procedente del Hades, cuyas aguas hacían olvidar todo lo que esa persona había sido hasta entonces. Después el suplicante debía beber de otro río que atravesaba el Hades, el Mnemosine (río de la *memoria*), esta vez para poder recordar las visiones de su experiencia onírica. Pues, según la tradición, las almas de los muertos bebían del Leteo para olvidar sus vidas anteriores cuando se reencarnaban; en cambio los iniciados bebían del Mnemosine.

Este pensamiento también se contempla en la Torá, texto sagrado judío. Contenido en el tratado de la Nidá, el Talmud explica que el bebe en su estadía en el vientre una luminaria le enseña la Torá. Además el aún no nato, puede ver el mundo de un extremo a otro sin ningún impedimento pues está libre de pecado. El ángel, en el momento de nacer oscurece la luz que lo iluminaba y le golpea en los labios. Fruto del golpe el ahora nato, amnésico, olvida todo lo aprendido en el útero y quedará marcado con una división en su labio superior. ¿Los sueños podrían ser una forma de regresar a esta dimensión anterior?

Este paralelismo sucede con otras divinidades religiosas como Shiva u Osiris. Y curiosamente también con la leyenda sobre el dios griego del sueño Asclepio. El cual fue rescatado del interior de su madre muerta por el dios Apolo, un hecho que puede entenderse como nacer después de morir. Asclepio por tanto es la enfermedad y el remedio. En multitud de representaciones, el dios es acompañado por la figura de una serpiente. Animal precursor de venenos y curas. Lo semejante cura lo semejante.

Este concepto lo utilizó C.G. Jung demostrando la existencia natural de una función espiritual en la psique humana. Procurando psicoanalizar el inconsciente de sus enfermos para hallar la causa de sus dolencias. Ya que la enfermedad y su remedio tienen la misma causa. Se ocupaba tanto de la mente, como del cuerpo del enfermo, pues en ese tiempo la enfermedad psíquica y la patología psíquica todavía permanecían en una indisociable unidad: el síntoma era la expresión de *sympatheia* o ley de la simpatía universal. Cicerón la definió como la «correspondencia y uniformidad que existe en la naturaleza». En terminología neoplatónica esto incumbe al *alma del mundo*, es decir a ese espíritu subyacente que penetra, une y conecta todas las cosas y configura toda la trama secreta del universo.

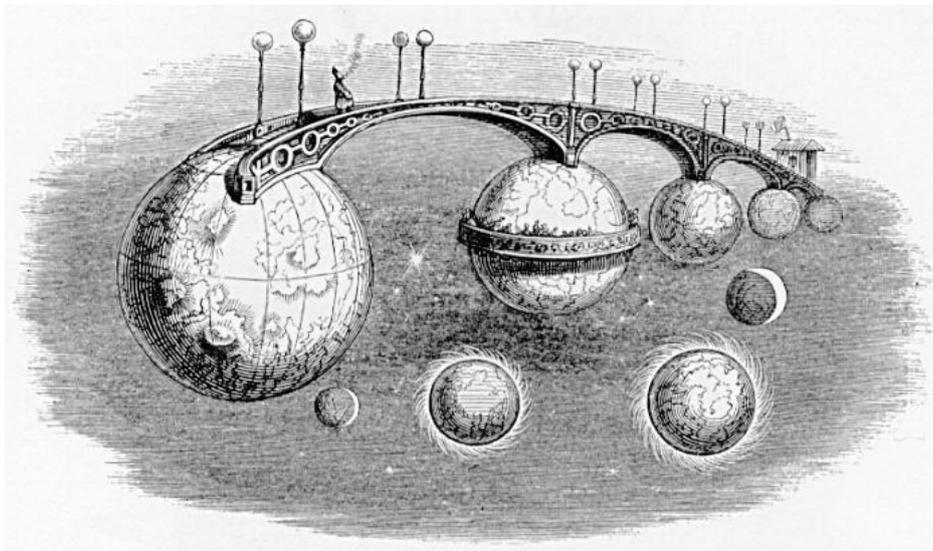
Hasta el mismo Schopenhauer se subscribe en cierta forma a esta teoría cicerona de la interconexión universal y como no, bebe de la fuente onírica:

a partir del estudio de textos clásicos, investigaciones sobre clarividencia, magnetismo animal y a través de experiencias propias cree que cada vida humana es el perfecto ensamblaje de piezas de un puzle ya montado, ignorantes e inocentes creemos gobernar nuestro destino. De esta manera Schopenhauer acuñó el término de *fatalismo trascendental* sin aclarar la posibilidad de ser regido por alguna divinidad, que recuerda mucho al dictamen de Heráclito: *carácter es destino* (s.f., pp. 37, 113, 115.). El carácter es nuestra fuerza vital más profunda y auténtica pero no solo este concepto innato es determinante, si no también, los acontecimientos externos también tejen circunstancialmente los hilos de nuestro sino, según él no debemos malinterpretar estas conexiones entre nodos de lo *necesario anticipado*, pues nada es absolutamente azaroso: *pues todo está en todo, y cada cosa influye en la otra*.

Para Carl Gustav Jung, en cambio, todos estos sucesos asombrosos, en los que se apoya Schopenhauer respecto al *fatum* del destino, todos estos «prodigios» oníricos, “premoniciones” (de los que él también fue testigo), eran efecto directo de la irrupción torrencial de un arquetipo psíquico del *inconsciente colectivo* en personas con una fuerte alteración emocional. Son lo que Freud llamaba “remanentes arcaicos”, formas mentales cuya presencia no puede explicarse con nada que no sea afín a la propia vida del individuo y que parecen ser formas aborígenes, innatas y heredadas por la mente humana. Estos arquetipos tienen, de este modo, su propia iniciativa y su energía específica. Son trozos de vida misma, imágenes que están íntegramente unidas al individuo vivo por el puente de las emociones (1974, pp. 160, 433, 436-437). Por eso resulta imposible dar una interpretación arbitraria (o universal) de ningún arquetipo. Hay que explicarlo en la forma indicada por el conjunto indisociable vida-situación del individuo determinado a quien se refiere. Confiriéndolo como si se comportara como una herencia genética, un legado viviente que se oculta en los estratos más profundos de nuestro psiquismo.

Siendo el mayor tesoro arquetípico del psicoterapeuta suizo el austriaco Wolfgang Pauli, Jung consideró a este científico como un paciente repleto de «material arcaico». Fruto de esta relación se publica en 1952 *La interpretación y naturaleza de la psique*, compuesto por un ensayo de Pauli sobre la influencia de los arquetipos en la teoría de los movimientos planetarios de Kepler y la teoría de la sincronicidad de Jung (que comparte aspectos con el principio de exclusión que descubrió Pauli). Dicha ley es complementaria a la de causalidad. Se trata según Jung, de co-incidencia entre un estado psíquico, y uno varios acontecimientos externos que

irrumpen simultáneamente. Explica que estos sucesos de precognición onírica se dan por que el espacio y el tiempo son relativos, no son obstáculos para su acción, fundiendo lo psíquico y lo físico. Esto resolvería los paradigmas y las barreras de la mecánica cuántica en cuanto a la posición y velocidad de las partículas, obstáculos del principio de incertidumbre. Esta nueva conciencia aun no ha sido analizada por el mundo científico y siguen agotando las posibilidades que les pueda construir la *teoría del todo* aun sin darse cuenta de que es imposible estudiar la materia sin separarla de la psique. Apoyado en una amplia experiencia onírica tanto propia (según calculó el mismo 80.000 sueños) como ajena, y una observación de la psique directa y cotidiana. De sus conocimientos extrae la idea a partir de la fenomenología empírica del sueño, de que en periodos en los cuales el sujeto atraviesa una crisis en su vida, paralelamente sin darse cuenta se desarrolla un drama subterráneo en su inconsciente. Por eso el carácter de *advertencia* de los sueños. Siendo su función la de avisar al yo consciente de que algo va mal.



Grandville, J.J. (1844). *Los puentes entre mundos. Otro mundo (Un Autre Monde)*.

J.W. Dunne intenta explicar a su vez estos fenómenos *milagrosos* de pre-visión onírica publicando distintos estudios *The Serial Universe* (1937), *The New Immortality* (1938), *Nothing Dies* (1940) y su libro póstumo *Intrusions?*

(1955). Llegando a la conclusión de estos fenómenos con los que el soñaba (catástrofe volcánica de Martinica, el funesto resultado de la primera expedición blanca a lo largo del continente africano, y un accidente con su hermano en el campo con un caballo) no tenían nada de inusual; sostuvo pues, que dichos acontecimientos *estaban desplazados en el tiempo*. Muchas veces soñamos con sucesos del futuro igual que del pasado, pese a lo que diga el psicoanálisis freudiano. Postula hipotéticamente que la naturaleza

permitiría al observador obtener una visión cuatridimensional del universo mientras duerme, Pues un hecho según él se vive dos veces: primero en potencia y después en acto. Según Dunne no existe nada en el tiempo que desemboque en un final ni nada que destruya el tiempo pasado, nada se pierde en la mente pues todo lo vivido es inmortal, concepto que propone desde el momento en que existe una o más partes de nosotros que pertenecen a otras dimensiones. Explica la posibilidad de la existencia de un observador en la mente inconsciente de cada uno, cuyo campo de observación del «presente» se *mueve* a través del tiempo (1981, pp. 8-11). Una buena metáfora de ello sería imaginarse la lanzadera de un telar en la que se desplaza, la mente observador I, la lanzadera se desplazaría por una serie de líneas horizontales longitudinalmente temporales, traspasando un número ilimitado de dimensiones, sin que estos choques dimensionales afecten de algún modo a cada uno de estos universos, pues, existen encerrados en sí mismo, de tal manera los acontecimientos que nos aguardan se entrecruzan cuando pertenecen a un ámbito absoluto cuyo tiempo tiene infinitas dimensiones, entendidas como extensiones - como sucede en la teoría de cuerdas.

Bryce De Witt, postuló que el universo se divide en cada suceso cuántico, y este universo en otro, todos ellos se dividen infinitamente desde el Big Bang. Pero esto nos podría llevar a preguntarnos ¿podrían existir más de un observador para una misma mente inconsciente que se desplaza por todos estos universos? En *The Fourth Dimension* (1904) C.H. Hinton (al igual que el *aión* de los neoplatónicos o en el *Ser de Parménides* o la *nhh* de los egipcios) explica, que todo aquello que ha sido y será coexiste: el dinamismo del tiempo traspasa todas sus dimensiones, dejando en nuestra conciencia limitada por el tiempo presente y el momento único un registro de cambios que solo existen para nosotros. No se refiere a un tiempo cuantitativo si no *cualitativo*, a un tiempo por decirlo de algún modo ontológico. (1980, pp. 6-10)

Quizá nada ni nadie, viajen al futuro y lo que sucede es que se conecta con *otra* dimensión del tiempo en la que todo se halla presente. Esta visión la comparten los aborígenes australianos que mantiene un diálogo con su otra identidad intemporal llamada *wondjina*, su realidad multidimensional, la existencia, la experiencia viene determinada por un modelo cosmológico que denominan *tiempo del sueño*. Quizá por ello tienen infinidad de senderos por los cuales caminan únicamente en una dirección, como si fueran el hilo de un tapiz infinito en la que la aguja solo posee una dirección y sentido que entrelaza el mundo entero.

Puede que sea esta la opción más acertada; explicaría la interconexión entre hechos y no está sometida al tiempo, ya que todo ya está sucediendo ahora, y los sueños serían puentes cuatridimensionales entre el *yo* o los *yos*. Nos llevaría a pensar que somos lo que somos en cada momento, somos solo instantes pero entonces durante un sueño podría haber en un sujeto más una sola mente, no solo un observador, no solo un *l'sprit*. Nada estaría ya prescrito, y todo retornaría al todo. ¿Será esto lo que se nos hace olvidar en el río Leteo al nacer? ¿Los *remanentes arcaicos* de Freud y el *inconsciente colectivo* de Jung serían recuerdos adulterados particularmente por cada



individuo y rescatados de ese *reset*? Entonces ¿Es este el miedo sublime absoluto tan siniestro que se nos revela en sueños? ¿Y si son meros sueños dentro de otros? ¿Y si es al revés, y soñamos hacia arriba y despertamos hacia abajo? Hay infinitas posibilidades, la manera más fácil de averiguarlo quizá sea nunca despertar. Y como el sueño de una serpiente nunca terminará.

Lo que necesariamente es irrefutable es que no podemos continuar como hasta la fecha, no es posible pasear por la otredad y diversidad sin extraer ningún tipo de enseñanza, hay que examinar a la psique, separarnos de la mente consciente diurna y volitiva tan ligada al ego, y abrazar las posibilidades del mundo onírico y la potencia capaz de sus dimensiones.

[Fig.2]

Bibliografía citada

- Biblia. Antiguo Testamento. Job, III, 13-15; Reyes, I, 2: 10.
- Dunne, J.W. (1981). *An experiment with Time*. Londres: Papermac. Del prólogo de Brian Inglis. pp.8-11.
- Freud, S. (1979). *Lo siniestro*. Palma de Mallorca, España: Editorial Jose J. de Olañeta. p.25.
- Lichtenberg, G.C. (1990). *Aforismos*. Barcelona: Edhasa. Cuaderno K, 86. p.251.
- Jung, C.G. (1974). *Sincronicidad como principio de conexiones acausales*. Madrid: Aguilar. pp. 160, 433, 436-437.
- Jámblico. (2003). *Vida pitagórica*. Madrid, España: Gredos.
- Hesiodo. (2017). *La teogonía*. Massachusetts: Harvard University Press. p.97.
- Hinton, C.H. (1980). *Speculations on the Fourth Dimension*. Nueva York: Dover. pp. 6-10.
- Lovecraft, H.P. (1973). *Supernatural Horror in Literature*. Nueva York: Dover. p.12.
- Pausanias. (1994). *V, p.11*.
- Siruela, J. (2011). *El mundo bajo los párpados*. Girona, España: Ediciones Atalanta, S.L. p.262.
- Sri Aurobindo & Mother (2004) *Integral Healing*. Ashram: Pondicherry. pp.80-84.
- Schopenhauer, A. (s.f.) *La nigromancia*. Madrid: La España Moderna. pp.37, 113,115.
- Torá. Tratado de Nidá. Talmud. Folio 30 b.
- Kossokovsky, V.(2005). *SVYATO*. Rusia: Kossakovsky Film Production.

Imágenes de obra plástica propia

[Fig. 1] Martín, J. (2017). El muro. Resina de poliéster policromada y hierro soldado. 97,08 x 60 x 21 cm. Imagen portada

[Fig. 2] Martín, J. (2017). El muro. Resina de poliéster policromada y hierro soldado. 97,08 x 60 x 21 cm. Imagen cierre.